

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA
DOMINGO DE LA FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ
(CICLO C)

La familia de Jesús vive una vida normal, es decir, sin privilegios, sin acomodados. Como cualquier familia de aquél entonces, ellos también se presentan una vez por año en el Templo de Jerusalén para participar de la liturgia. El mismo Hijo de Dios da el ejemplo y reza. Su familia le ha enseñado con gestos, palabras y con el testimonio a mantener una militancia activa y coherente con la fe. Nuestros hijos y jóvenes no seguirán nuestros discursos, sino que seguirán nuestros ejemplos. Puedo exigir que cumplan las órdenes, pero si los adultos y educadores no damos el ejemplo, la obediencia no se puede sostener.

Pero Jesús no vino a dejar todo tal como estaba. El vino a comenzar un verdadero cambio. Aún siguiendo la tradición y religiosidad de la época, Jesús hace un quiebre, genera un cambio tanto en su familia como en su sociedad. A su madre le responde con mucha serenidad que su tarea era ocuparse de las cosas del Padre, por eso hace una opción y se queda en el Templo, enseñando y aprendiendo. Lo demás, todo lo demás, pasa a un segundo plano. Hay veces que los problemas cotidianos me amargan de tal modo que pierdo de vista el ideal, el objetivo, lo esencial de la vida, las prioridades y opciones fundamentales. Es entonces cuando más necesito volver a la oración, al encuentro con Dios, en el templo y en los sacramentos, en la liturgia y en los hermanos.

En la gente de su sociedad, el cambio pasa por la maravilla y asombro que genera en sus interlocutores. Por la inteligencia que demuestra y, tal vez, por el interés que se evidencia en sus gestos. Jesús ha sabido llevar a su vida cotidiana las verdades de la fe. Para Él, la religión no consiste simplemente en seguir tradiciones y cumplir con los preceptos de la institución, sino que le ha dado cabida en las decisiones de cada momento.

Jesús vivía una vida normal en su familia, vivía sujeto a ellos. De allí el crecimiento en las distintas dimensiones de su vida. Cuando podemos permanecer unidos a la familia, entonces crecemos en espiritualidad, en sabiduría, en gracia. Por el contrario, aislados, poco produciremos.

La oración de Ana en la primera lectura nos presenta una convicción muy actual: la familia bien constituida no es aquella sin problemas, sino aquella que se pide a Dios. Ana ruega a Dios para que sea Él quien le constituya una familia, una de verdad, una que sea capaz de afrontar todos los problemas de la vida. Dios accede al pedido y le regala descendencia y felicidad. Esa familia que ha recibido, es ofrecida y consagrada a Dios, es decir, lo que Dios nos ha regalado son consagrados a Él. No se trata de llevarlos a la consagración religiosa o sacerdotal, ni siquiera bautismal. Se trata de hacerlos caminar por el camino de la paz y de la justicia, de la verdad y del bien. En eso consiste ese ofrecimiento que Ana hace de su hijo a Dios. No lo pierde, sino que lo salva.

Pbro. Mariano Rojas CRL
Salta